

ban en doscientos y diez canastos se modelaron un retrato del mismo Sila bastante grande y otro de un lictor de un incienso y cinamomo muy preciosos. Fue el día desde la mañana muy nubloso, y temiéndose que llovería, no movió el entierro hasta las nueve; pero soplando un viento bastante fuerte en la hoguera y levantando mucha llama, apresuró el que el cuerpo se consumiese; y cuando ya la pira se apocaba, y el fuego iba á apagarse, cayó una copiosa lluvia que duró hasta la noche: de manera que parece haber querido la fortuna permanecer con su cuerpo hasta darle tierra. Su sepulcro está en el campo Marcio; y la inscripcion se dice haberla dejado él mismo: viniendo á reducirse, á que nadie le habria ganado ni en hacer bien á sus amigos ni mal á sus enemigos.

Pues que hemos referido la vida de este, pasemos al juicio comparativo. El haberse debido á sí mismos sus adelantamientos, desde el principio hasta llegar á la mayor grandeza, fue comun á ambos; de Lisandro fue propio haber recibido cuantos mandos tuvo de la espontánea voluntad de sus ciudadanos, estando bien constituida la república, sin haberlos violentado en nada, ni haber tenido poder fuera de la ley. Pero

En las revueltas suele al mas perverso

Caber mas parte del injusto mando:

como en Roma entonces que viciado el pueblo y estragado el gobierno, se levantaban poderosos por diferentes medios y caminos, y nada tenia de extraño que Sila dominase, cuando los Glauquias y los Saturninos arrojaban de la ciudad á los Metelos; cuando los hijos de los Cónsules eran asesinados en las juntas públicas; cuando se apoderaban de las armas los que al precio del oro y de la plata compraban los soldados; y cuando con el hierro y el fuego se dictaban las leyes, acabando con los que contradecian. No me quejo pues de que hubiese quien en tal estado procurase arrebatarse el supremo poder; pero tampoco pongo por señal de haber sido el mejor el haberse hecho el primero, cuando tan oprimida se hallaba la ciudad. El que en Esparta, que entonces florecia en prudencia y buen gobierno, fue elevado á los mayores mandos, y empleado en los mas arduos negocios, probablemente fue entre los mejores el mejor, y entre los primeros el primero. Por tanto el uno, restituyendo muchas veces la autoridad á sus ciudadanos, muchas veces la volvió á tomar, porque siempre el honor debido á la virtud conservó la preferencia; cuando el otro, nombrado una vez General de ejército, por diez años continuos,



haciéndose á sí mismo ahora Cónsul, ahora Pro-Cónsul, ahora Dictador, y siendo siempre tirano, mantuvo sin intermision el mando de las armas.

Intentó Lisandro, como dejamos dicho, hacer mudanza en el gobierno; pero con otra blandura, y mas legítimamente que Sila; pues era por medio de la persuasion, no de las armas, ni trastornándolo todo de golpe como aquel; sino rectificando la misma institucion de los Reyes. Y á la verdad que en el orden natural parecia lo mas justo que el mejor de los mejores mandase en una ciudad de la Grecia, que debia su opinion á la virtud, y no al origen. Porque así como el cazador no busca lo que procede de un perro, sino perro, y el aficionado á caballos, caballo, y no lo que procede de un caballo: ¿pues no procede tambien de caballo el mulo? de la misma manera el político cometeria un yerro si en lugar de inquirir qué tal es el que ha de mandar, inquiriese de quien procede. Así estos mismos Esparciatas quitaron el mando á algunos Reyes, porque no eran de ánimo regio, sino inútiles y para nada. La maldad aun con nobleza es digna de desprecio; y si á la virtud se tributan honores, no es por su nobleza, sino por sí misma. Aun las injusticias, en el uno fueron por sus amigos, y en el otro se extendieron hasta estos mismos; pues se tiene por cierto que los mas de los yerros de Lisandro fueron por sus partidarios, y si se ejecutaron muertes, fue en favor del poder y tiranía de aquellos; pero Sila por envidia privó á Pompeyo del mando del ejército; quitó á Dolabela el de la armada, que le habia dado él mismo; y á Lucrecio Ofela, que por muchos y grandes servicios aspiraba al Consulado, lo hizo degollar ante sus ojos, llenando de horror y espanto á todos con la muerte de aquellos á quienes al parecer mas amaba.

Mas la aficion á los deleites y á las riquezas es

la que principalmente hace ver que la índole del uno era propia para el gobierno, y la del otro para la tiranía; porque no aparece que el uno manifestase la menor intemperancia, ni el mas juvenil descuido en tan grande autoridad y poder; sino que evitó mas que qualquiera otro que pudiera aplicársele aquello del proverbio:

Leones en casa zorras en lo raso:

¡tan arreglada, tan contenida y propiamente la-cónica fue en todas partes su conducta y su tenor de vida! cuando el otro, ni de joven puso freno á sus apetitos por su pobreza, ni de viejo por la edad; y mientras daba á sus ciudadanos excelentes leyes sobre el matrimonio y la continencia, él andaba derramado en amores y en liviandades, como dice Salustio. Así es que dejó la ciudad tan pobre y escasa de numerario, que á las ciudades amigas y aliadas se les vendia por dinero la libertad y la independencia; y esto en medio de que todos los dias confiscaba y publicaba las casas mas ricas y acaudaladas; y es que no habia medida ninguna en lo que prodigaba y derramaba á sus aduladores. ¿Ni qué cuenta y razon podia haber para sus profusiones y condescendencias entre el vino y los banquetes? cuando en público, y á presencia del pueblo vendiendo una grande hacienda, y ofreciendo muy poco por ella uno de sus amigos, mandó que se cerrara la subasta; y porque otro dió mas y el pregonero publicó el aumento, se puso de mal humor, diciendo: «Es una crueldad y una tiranía, amados ciudadanos, que yo no haya de poder adjudicar mis despojos, que son míos, á quien me dé la gana.» Mas Lisandro hasta los presentes que se le hicieron, los remitió con todo lo demas á sus ciudadanos; y no es esto alabar su hecho, porque quizá causó este mas daño á Esparta con la riqueza que en ella introdujo, que aquel á Roma con la que le robó; si-



no que lo traigo para prueba de su desprendimiento. Una cosa hubo propia y peculiar de cada uno de los dos respecto de su ciudad, y fue que Sila, con ser él mismo desarreglado y pródigo, hizo moderados á sus ciudadanos; y Lisandro llenó su ciudad de aquellas pasiones y afectos de que él estuvo mas distante. Erraron pues ambos, el uno siendo peor que sus leyes, y el otro haciendo peores que él á sus ciudadanos; porque enseñó á Esparta á tener en precio y apetecer aquello que él habia aprendido á no echar menos. Esto es por lo que hace al orden político.

En los combates y batallas, en los hechos de armas, en el número de los trofeos y en la grandeza de los peligros, Sila no admite comparacion. Es cierto que el otro alcanzó dos victorias en dos batallas navales, y que puede agregarse á ellas el sitio de Atenas, en sí bien poca cosa, pero al que dió nombre la fama; mas sin embargo los sucesos de la Beocia y de Haliarto, que acaso serian una desgracia, mas parece que deben atribuirse á precipitacion de quien no pudo aguardar á que llegaran de Platea las grandes fuerzas del Rey; sino que llevado de la cólera y la ambicion se arrojó temerariamente á los muros, á que unos cualesquiera hombres tenidos en nada, haciendo una salida, le dieran muerte. Pues no pereció de una sola herida mortal, como Cleombroto en Leuctras, resistiendo á los enemigos que le oprimian; ni como Ciro y Epaminondas, persiguiendo á los que ya cedian y asegurando la victoria, sino que estos murieron como á Reyes y Generales correspondia; y Lisandro tuvo la muerte de un escudero ó de un correo con la nota de haberse sacrificado sin gloria: confirmando la opinion de los antiguos Esparciatas que con razon aborrecian los combates murales, en los que no solo de la mano de un hombre cualquiera, sino de la de un mucha-

cho ó de una muger acontece morir herido el mas esforzado: como se cuenta de Aquiles haber sido muerto por París en las puertas de Troya. Mas las victorias de Sila en batallas campales, los millares de enemigos con quienes acabó, ni siquiera es facil numerarlos: dos veces tomó á la misma Roma; y el Pireo de Atenas no le conquistó por hambre como Lisandro, sino arrojando de la tierra al mar á Arquelao en fuerza de repetidos y obstinados combates. Tambien entran por mucho en estas cosas los contrarios; pues tengo por juego y burlería el haber combatido en el mar con Antioco, pedagogo de Alcibiades; y haber engañado al demagogo de los Atenienses Filocles,

Hombre oscuro, sin mas que larga lengua; á los cuales se desdeñaría Mitridates de que se les comparara con su palafrenero y Mario con cualquiera de sus lictores; pero de los grandes que contendieron con Sila, Cónsules, Pretores, Demagogos, para pasar en silencio á los demas, ¿quién entre los Romanos mas temible que Mario? ¿quién entre los Reyes mas poderoso que Mitridates? y entre las gentes de Italia ¿quiénes mas aguerridos y mejores soldados que Lamponio y Telesino? pues de todos estos, al primero le obligó á huir; al segundo lo sojuzgó, y á estos últimos les dió muerte.

Pero lo mas admirable entre todo lo que se ha dicho, á lo que yo entiendo, es que Lisandro obtuvo todos sus sucesos cooperando con él sus conciudadanos; y Sila, estando desterrado y perseguido por la faccion contraria de sus enemigos, al mismo tiempo que su muger andaba prófuga, que su casa habia sido asolada, y asesinados sus amigos, entonces, haciendo frente en la Beocia á innumerables millares de hombres, y exponiendo su persona por la patria, erigió un trofeo; y con Mitridates, que le daba auxilio y tropas contra sus enemigos, en nada



cedió ni usó de blandura ó de humanidad alguna, sino que ni siquiera le volvió la palabra, ni le alargó la mano, antes de saber de él que se desistía del Asia, le entregaba las naves y admitía los Reyes de Bitinia y Capadocia: hazaña la mas gloriosa entre todas las de Sila, y conducida con la mayor prudencia; pues que antepuso el interés público al particular, y como los perros de casta no soltó el bocado y la presa hasta que el rival se dió por vencido, y entonces volvió el ánimo á vengar sus particulares ofensas. Tambien conduce para el juicio y comparacion de sus costumbres lo ejecutado con Atenas: pues Sila, habiendo tomado una ciudad que le habia hecho la guerra en defensa del poder y mando de Mitridates, le dejó la libertad y la independencia; y Lisandro no solo no tuvo compasion alguna de ella en consideracion al gran poder y dignidad de que habia decaído, sino que destruyendo la democracia, la entregó á los tiranos mas crueles é injustos. Veamos por fin si no nos acercaremos á la verdad todo lo posible, manifestando que Sila alcanzó mas trofeos; pero Lisandro tuvo menos defectos; y atribuyendo al uno la palma de la templanza y la moderacion, y al otro la del valor y la pericia militar.

CIMON. Peripoltas el adivino, acompañando desde la Tesalia á la Beocia al Rey Ofeltas, y á los pueblos á quien este mandaba, dejó una descendencia, que fue por largo tiempo tenuta en estimacion; y lo principal de ella se estableció en Queronea, que fue la primera ciudad que ocuparon, lanzando de ella á los bárbaros. Los mas de este linage, valientes y belicosos por naturaleza; perecieron en los encuentros con los Medos, y en los combates con los Galos, por arriesgar demasiado sus personas. De estos quedó un mozito, huérfano de padres, llamado Damon, y de apellido Peripoltas, muy aventajado en belleza de cuerpo y disposicion de ánimo sobre todos los jóvenes de su edad, aunque por otra parte indocil y duro de condicion. Prendóse de él cuando acababa de salir de la puericia un Romano, gefe de una cohorte que invernaba en Queronea; y como no hubiese podido atraerle con persuasiones ni con dádivas, se tenia por cierto que no se abstendria de la violencia, mayormente hallándose abatida la ciudad, y reducida á pequeñez y pobreza. Temiendo esto Damon, é incomodado ya con las solicitudes, trató de armarle una zelada, para lo que se concertó con algunos de los de su edad, aunque no en grande número, para que no se descubriese: de modo que eran al todo diez y nueve. Tiznaronse los rostros con hollin, y habiendo bebido largamente, al mismo amanecer acometieron al Romano, que estaba haciendo un sacrificio junto á la plaza; y dándole muerte á él y á cuantos con él se hallaban, se salieron de la ciudad. Moviósse grande alboroto, y congregándose el Senado de los Queronenses, los condenó á muerte; lo que era una apologia en favor de la ciudad para con los Romanos. Juntáronse por la tarde á cenar los magistrados, co-